

LA EJECUCIÓN DE FÉLIX ARRIETA

UN EJECUTADO QUE RECIBIÓ TRES DESCARGAS ¡Y SE QUEDÓ DE PIE!

OTROS CASOS DE MIEDO EN EL PAREDÓN

El general Villista Félix Arrieta, de reconocida fama de valiente
en los combates, murió llorando y con una imagen
de la Virgen de Guadalupe

Una porción de cuadros –todos ellos de intensidad– forman de uno en uno los capítulos de la Revolución mexicana.

Cuadros pintorescos, junto a cuadros heroicos; gramáticos frente a cómicos: mosaico notable del que es posible tomar algunas notas que parecen arrancadas a las páginas de un cuentista de extraordinaria imaginación.

He aquí unas cuantas notas del desfile terrible que presenció el paredón de la Escuela de Tiro de San Lázaro en la Ciudad de México desde fines de 1914 hasta fines de 1916.

Desde el rompimiento de la Convención con el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza, casi diariamente se combatía en los alrededores de la Ciudad de México.

La vieja capital estaba unos días en poder de los zapatistas y otros en manos de los carrancistas. Quien lograba entrar victoriosamente a la ciudad, generalmente capturaba soldados y oficiales del bando contrario. Los oficiales presos, y muchas veces también los soldados, ya conocían su destino: el paredón de la Escuela de Tiro de San Lázaro.

La Escuela era el lugar de la muerte, elegido por todas las facciones, cuyo chocar de armas estremecía al país hora tras hora.

A principios de 1915 los zapatistas ocupaban la plaza, y tras una escaramuza en las cercanías de El Peñón, capturaron una avanzada constitucionalista.

Los prisioneros fueron rápidamente sentenciados a muerte; eran cuatro oficiales y tres soldados.

Hasta el momento de llegar al paredón, los siete condenados a muerte se habían mostrado llenos de valor; pero en el momento en que vieron frente a ellos las bocas de fuego que les habían de arrancar la vida, uno de los oficiales flaqueó y cayendo de rodillas, pidió clemencia para él y para sus compañeros.

—*¡No seas cobarde!* —le reclamó uno de sus camaradas.

Pero el condenado a muerte pareció no escuchar el reproche y viendo cómo los zapatistas bajaban sus armas, creyó en la victoria y emocionado, gritó a sus compañeros:

—*¡Unámonos al zapatismo!*

Sin embargo, su grito no tuvo respuesta; sólo se escuchó el eco vago, lejano, producido por el repercutir en la vieja muralla de San Lázaro.

El sentenciado se aproximó rápidamente al oficial zapatista que mandaba el cuadro, y, tembloroso, le repitió la promesa de unirse a las fuerzas del general Emiliano zapata si se le perdonaba la vida.

—*¿Y tus amigos?* —le preguntó el comandante del cuadro.

El reo se encogió de hombros. Volvió la vista hacia donde estaban sus compañeros. Los seis estaban de pie, firmes. Todos los veían. Había sido compañero de los seis; los traicionaba y los dejaba morir, con tal de que le dejaran vivir.

—*¿Y tus amigos?* —repitió el oficial zapatista.

El sexteto permanecía tranquilo; los condenados habían escuchado la pregunta las dos veces.

—*¡A... punten!* —ordenó el oficial al pelotón.

El que había traicionado a sus compañeros dio un paso al frente, colocándose en la línea de los tiradores, y clavó la vista en la mira de los fusiles que apuntaban al pecho de quienes no habían intentado salvarse.

—*¡Fuego!* —gritó el oficial.

Los seis hombres frente al paredón se desplomaron, al mismo tiempo que quien los había abandonado para salvarse, caía a los pies de uno de los ejecutores, en medio de espantosas convulsiones.

—*¿Qué le hiciste, imbécil?* —demandó el oficial al soldado a cuyos pies se debatía el hombre.

—*¡Nada, mi capitán, se cayó de miedo!* —respondió el zapatista.

—*¡Cobarde!* —exclamó el oficial.

Cuando los ejecutores despojaron de sus ropas a los siete cadáveres, los soldados vieron cómo el cuerpo de quien había llamado cobarde estaba cubierto de cicatrices.

—*¡Debió haber sido muy valiente!* —rectificó el oficial, ordenando que se le sepultara separadamente de sus compañeros.

Fue el general Félix Arrieta, un hombre valiente, según aseguran sus amigos. El general Francisco Villa, a cuyas órdenes militó, lo tenía en gran aprecio, sobre todo después de la toma de Zacatecas.

Al rompimiento de convencionistas y carrancistas, Arrieta siguió a la Convención.

Tenía fuerzas a su mando en la Ciudad de México y en una de tantas salidas de los convencionistas no pudo salir él de la capital y fue capturado por los carrancistas y condenado a muerte.

Cuando le fue notificada la sentencia, la escuchó con tranquilidad.

—*A la hora que gusten, señores, estoy a sus órdenes* —dijo a quienes le habían notificado la terrible pena.

Sólo pidió que se le concediera la gracia de despedirse de algunos parientes y amigos cuando estuviera frente al cuadro.

El convencionismo

Al ser sacado del cuartel para conducirlo al paredón de la Escuela de Tiro de San Lázaro, saltó como un muchacho gozoso al automóvil.

Empezó a platicar animadamente con sus conductores, pero al pasar por la Plaza de la Constitución pidió:

—*Déjenme ver esto por última vez... Qué hermosa es esta ciudad... Desde chico tenía tantas ganas de conocerla; era mi ambición... Y si vieran ustedes, siempre soñé que había de morir fusilado... fusilado... ¿Es decir que me van a fusilar?... ¿Es decir que dentro de media hora ya no viviré?*

Y el general Arrieta ya no pudo ocultar su emoción. Temblaba. Castañeaban sus dientes. Se subió la solapa del abrigo.

—*Tengo frío... ¡Qué frío!... —repetía.*

Cuando el coche pasó la garita de San Lázaro y luego vio dibujarse la silueta de la Escuela de Tiro, casi gritó:

—*Es decir, que ustedes me van a matar ¿y con qué derecho le arrebatan la vida a un hombre?... Denme una pistola para suicidarme... No, no, ¿por qué me he de matar?*

Temblaba. El temblor era a cada instante más agitado. Sacó del bolsillo un paliacate y se cubrió el rostro.

—*No quiero ver más la luz para sentir desde ahora la muerte —comentó, al comprender que todas sus súplicas serían inútiles.*

Al llegar frente al paredón, bajó del automóvil con gran dificultad. Se atrevió a descubrirse el rostro y vio cómo una multitud morbosa seguía todos sus movimientos, ávida del espectáculo sangriento. Sintió cómo su sangre, toda ya caliente, le corría por el cuerpo; volvió la vista al paredón y pensó cómo había de quedar ahí su cadáver tirado, y abrazándose de uno de los oficiales que le conducía, lloró copiosamente.

—*¡Vamos! —dijo respirando y dejándose llevar.*

No se volvió a descubrir el rostro. Se dejó llevar por todos sus amigos y parientes.

—*Soy el último que te abraza... —le dijo uno de los familiares.*

—*Tengo frío, mucho frío; quizá la sangre me caliente... —contestó el general.*

Y sintió que los pasos de amigos y soldados se alejaban y escuchó las órdenes del oficial que mandaba al pelotón. Apretó el paliacate sobre el rostro con más fuerza y con la mano derecha levantó una imagen de la Guadalupana.

A la descarga, cayó por el lado derecho cuán largo era.

Dos tiros le habían tocado el cuerpo. Uno le atravesó el corazón.

El 18 de diciembre de 1915, el general Pablo González, jefe del cuerpo de Ejército de Oriente, firmó la sentencia de muerte de once asaltantes entre los que se encontraban varios miembros de la Banda del Automóvil Gris.

Al siguiente día, los condenados a muerte fueron conducidos al paredón de la Escuela de Tiro de San Lázaro, frente al cual cientos de personas se disputaban los mejores sitios para presenciar la ejecución.

Los condenados a muerte se colocaron frente al pelotón. Solamente uno, Rafael Juárez, parecía hacer grandes esfuerzos por mantenerse en pie.

Fue tan grande el pánico que se apoderó del infeliz, que metió los dedos entre las grietas del paredón con tal fuerza que el cadáver quedó parado.

Los demás, serenos, desafiaban a los verdugos.

Cuando el oficial que mandaba el pelotón había dado las primeras voces de mando, apareció el licenciado José Luis Patiño y, haciendo una señal de silencio, leyó un documento firmado por el general González, en el que ordenaba se suspendiera la ejecución de Bernardo Quintero y de otros cuatro miembros de la Banda del Automóvil Gris.

—*¡Un paso al frente los cinco!* —ordenó el oficial.

Los mencionados dieron el paso al frente, entre ellos Rafael Juárez.

—*¿A ti te nombraron?* —le gritó el oficial.

—*No, no me nombraron, pero ahora ya estoy dispuesto a decir que soy inocente* —contestó Juárez con voz entrecortada.

—*¡Pues ahora ya es tarde y pónganse en su lugar!* —le ordenó el oficial.

Juárez obedeció silenciosamente. Miró a sus compañeros que le sonreían compasivamente; se acercó nuevamente al grupo, cruzó los brazos y no perdió la vista los últimos preparativos de los soldados.

Sonó una descarga; tres hombres rodaron por el suelo; los otros tres habían quedado de pie. Dos sonreían. Juárez, con los ojos desmesuradamente abiertos, parecía clavado al muro.

Una segunda descarga sonó. Otros dos hombre rodaron.

Juárez, con la cara y el pecho cubierto de sangre, seguía de pie, con los ojos abiertos horrorosamente.

El oficial lo creyó con vida. Levantó el brazo y disparó seis veces consecutivas su revólver: Había hecho blanco, sin duda alguna, pero Juárez seguía de pie. Se acercó junto con el médico.

El convencionismo

—*Este hombre está bien muerto, ¡aunque de pie!* —dijo el médico.

Dos soldados se acercaron para tumbar el cadáver. Juárez estaba realmente clavado en el muro.

En el momento de recibir la primera descarga que le produjo la muerte, quitándose los brazos del pecho, había hundido las uñas con tal fuerza al muro, que ahí había quedado asido. La impresión espantosa le había paralizado todos los tendones y el cadáver había quedado recto, tan recto que los soldados se divirtieron más tarde en doblarlo a culatazos...

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 13 de marzo de 1932, año xx, núm. 30, p. 1.